

Por un concurso de circunstancias, que es inútil desenvolver aquí, fue llamada Francia á examinar las dificultades que debían surgir entre el gobierno de España y el de México, en el momento en que se celebró el tratado de Guadalupe Hidalgo.

LA INTERVENCION FRANCESA EN MEXICO.

CAPITULO I.

MEDIACION EN MEXICO (1858 á 1860.)

Los crímenes cometidos en México en las haciendas de San Vicente y Chiconquiaco, á fines de 1856, sobre algunos súbditos españoles, habian obligado á la legacion española á separarse de la capital de la República mexicana. (1)

(1) La historia de esos hechos tiene perfectamente comprobado que esos delitos fueron del orden comun, de los

Por un concurso de circunstancias, que es inútil desenvolver aquí, fué llamada la Francia á examinar las dificultades que habian surgido entre el gobierno de España y el de México; pero no queriendo decidir nada sin el concurso de la Inglaterra, la Francia consultó á esta potencia, y de comun acuerdo, ofrecieron ambos gobiernos su *mediacion*.

El gobierno español desechó la oferta.

El Sr. Mon estaba especialmente encargado de esta mision cerca de M. Walewski, ministro de negocios extranjeros en Francia.

En un despacho de 24 de Noviembre de 1838, da cuenta el Sr. Mon de una conversacion que habia tenido con el ministro del emperador, quien «se queja de que la España rehusara su mediacion»; y ya desde esa época encontramos el primer gérmen del funesto pensamiento de ir á establecer en México un *gobierno estable y duradero*.

En efecto, en la conversacion habida entre esos dos personajes, se trató del interes que habria, tanto para Francia como para España, en establecer un poder fuerte en aquellas comarcas.

Los refugiados mexicanos habian sido escuchados!

La intervencion se presentia ya en esa entrevista, y tan lo comprendió así el Sr. Calderon Collantes, mi-

que desgraciadamente se cometen en todas las naciones, y que en consecuencia, fué excusada, injusta, y solo puede estimarse como un pretesto acogido con determinada intencion, la retirada de la legacion de España en México.—(N. del T.)

nistro de Estado en España, que se apresuró á contestar el 9 de Noviembre de 1838, al ministro de España en Paris:

«Creo que una actitud resuelta y perseverante de las tres potencias, bastará para conjurar los peligros. Sin mezclarse en cuestiones interiores, ni ejercer un protectorado, sin un aparato de fuerzas que seria ocasion ó pretexto de resentimientos á la susceptibilidad mas exagerada, la Francia, la Inglaterra y la España pueden adoptar una actitud tal, que ponga á cubierto, con todas las garantías necesarias, la integridad de la República mexicana y la conservacion de su nacionalidad.

El Sr. Calderon Collantes con las mismas ideas que
CALDERON COLLANTES.»

No era posible declinar mas políticamente y por medios mas honrosos, las ofertas que motivaron la conversacion de los Sres. Mon y Walewski, y cuya conversacion ofrecia la mayor elasticidad á consecuencias indeterminadas, es cierto, pero en todo caso peligrosas.

Era preciso, pues, en lugar de una mediacion que se inclinara desde luego á la intervencion, conformarse con ir avanzando reciprocamente en el terreno de los «buenos oficios,» y esto fué lo que se hizo y lo que se aceptó por una y otra parte sin dificultad.

Así permanecian las cosas, cuando el Sr. Mon fué

acreditado como embajador de España cerca del gobierno imperial y así siguieron hasta 1859.

El 3 de Enero de este nuevo año, vuelve á la carga el Sr. Mon con el Sr. Calderon Collantes, para arreglar una mediación, y le escribe:

«Mi pensamiento, que no he tenido la felicidad de hacer comprender á V. E., se reduciría á examinar si sería posible contribuir á la formación de un gobierno en México, que, apoyado al principio por las tres potencias, no tuviera mas tarde necesidad de ninguna.

Mon. »

El Sr. Calderon Collantes con las mismas ideas que en 1858, le contesta el 10 de Enero:

«Para alcanzar ese fin, el gobierno de S. M. piensa que son suficientes los medios morales y las discusiones puramente políticas, sin necesidad de ocurrir á una ostentación de fuerzas. . . .

Calderon Collantes. »

Esta respuesta volvió á suspenderlo todo, hasta que se formó el tratado Mon-Almonte, el 26 de Diciembre de 1859, en que se atendía á todas las reclamaciones de la España.

«Enero 18 de 1860.

«Mr. Barrot me ha leído un extracto de sus despachos, en dondese le dice que los gobiernos de Fran-

cia y de Inglaterra están dispuestos á combinar sus esfuerzos, con el fin de obtener que se establezca en México un gobierno que sea reconocido por toda la nación. . . .

Calderon Collantes. »

El negocio necesitaba explicaciones, y el ministro de España en Londres, se encargó de ese cuidado.

Londres, 27 de Abril de 1860.

«La Inglaterra desea cooperar con la Francia y la España, con la condicion de que no se emplee la fuerza para la ejecucion. . . .

Isturiz. »

Este despacho es el resumen fiel de cuanto la Inglaterra ha dicho á sus agentes para indicarles la conducta que deberian seguir acerca de México. Desde el primero hasta el último dia, nunca se separó de esa conducta un solo instante.

Despues de haber obtenido la España las mas solemnnes promesas de México por el tratado Mon-Almonte, se decidió el gobierno de la reina á enviar á la misma capital de la República un ministro encargado de velar sobre su ejecucion, y para la salvaguardia de sus nacionales.

El Sr. Pacheco fué designado al efecto.

Llegó á Veracruz el 23 de Mayo de 1860.

Inmediatamente dió cuenta á su gobierno de la excelente acogida que le habia hecho Juarez en Veracruz, y de la solicitud con que le habia proporcionado salvo-conducto y escoltas hasta los puestos avanzados del enemigo, á fin de que pudiera llegar á México, á donde iba á reconocer el gobierno de Miramon, contra el cual luchaba el presidente legal Juarez.

Demasiadas historias de México se han escrito, para que tengamos que trazar aquí la situación de Miramon con respecto á Juarez. Extractaremos solamente algunas líneas del despacho del Sr. Pacheco al Sr. Calderón Collantes, en que le anuncia su llegada al suelo mexicano.

«Veracruz, 25 de Mayo de 1860.

«En la rada de Sacrificios, y á bordo de un bergantín francés, he encontrado al Sr. vizconde de Gabriac, ministro de Francia, que se retira á Europa con licencia por algunos meses. Pasó á verme inmediatamente, y en el curso de tres conferencias que tuvimos mientras permanecí allí, me dió los mas extensos detalles de los negocios interiores de esta pobre República.

«El Sr. vizconde de Gabriac puede ejercer una saludable influencia en los consejos del Emperador. Ha sostenido, y sostiene, que es indispensable una intervencion concertada entre la Inglaterra, la Francia y la España, ó á lo menos entre estas dos potencias, para

resolver la cuestion mas grave que se presenta en el porvenir: la cuestion de supremacia, primero en la América y despues en el mundo entero, de ese pueblo invasor y desenfrenado que ocupa el Norte de este hemisferio.

«Creo que seria bueno, y me atrevo á indicarlo á V. E., que el Sr. Mon se ponga de acuerdo con el Sr. vizeconde de Gabriac, que lo verá á su llegada á Paris, á fin de que contribuya por su parte, al triunfo de las ideas que nos son tan altamente interesantes.

J. F. PACHECO.»

En este despacho volvemos á encontrar toda la expedicion de México, todas las ofertas de mediación hechas por la Francia, y lo que el Emperador llamó EL GRAN PENSAMIENTO DE SU REINADO.—Desde entonces quedamos edificados: el Sr. Pacheco no es un neófito, es un hermano ferviente.—¡Es necesario que las potencias europeas intervengan!

Mientras que el Sr. vizconde de Gabriac irá á llevar su saludable influencia cerca del emperador, el Sr. Pacheco trabajará en México para llegar al triunfo de las ideas que patrocina cerca de su gobierno.—El Sr. Dubois de Saligny, digno sucesor del Sr. de Gabriac, llegará pronto á ayudarlo en su tarea.

Sigamos al Sr. Pacheco hasta México.

A su llegada presenta sus credenciales á Miramon,

y se instala en aquella ciudad como representante de la España acreditado cerca de tal presidente.

Podemos declarar aquí, con una convicción plena, que en la época en que fué enviado el Sr. Pacheco á México ya la España estaba convertida á la idea de una monarquía en América. Los conspiradores mexicanos habian logrado hacer prevalecer esta idea en Paris y en Madrid.

La dificultad consistia en la eleccion del soberano que habia de ponerse á la cabeza del gobierno monárquico.

Los mexicanos deseaban ardientemente que fuera el archiduque Maximiliano de Austria, retirado en Miramar. La Francia aprobaba esa eleccion, pero el jóven príncipe vacilaba.

Estas vacilaciones hacian posible la combinacion que acariciaban los españoles, acerca de un príncipe de la casa de Borbon; mas esto no podia convenir á la Francia.

Entre esta nacion, que obraba, ó aparentaba obrar desinteresadamente, y la España que aparecia directamente interesada, las probabilidades de triunfo estaban por la primera.

Ambas soñaban el mismo fin, pero por diferentes medios, y de aquí tuvieron origen las reticencias que se encuentran en el cambio de despachos de una y otra.

Entre tanto, la Inglaterra impedia toda tentativa con su actitud firme. Era preciso vencerla ó arrastrarla.

El pretesto faltaba todavía, pero no se hizo esperar mucho tiempo. Ya el Sr. Pacheco hacia oír sus gritos de afliccion, y al escribir á su gobierno, le pintaba la triste situacion en que se hallaba México, á consecuencia de la lucha entablada entre Juarez y Miramon.

El 24 de Setiembre de 1860, escribia:

«Es indispensable que la Europa no le aconseje (á México), sino que le IMPONGA la libertad, la disciplina, el órden.

PACHECO.»

Imponer la libertad! Esto conduce al acto arbitrario de cierto general que se hizo célebre, obligando á un honrado comerciante á ser prefecto, BAJO PENA DE SEIS MESES DE PRISION. (1)

Sin embargo, ninguna otra cosa podia esperar del admirador de las ideas del Sr. vizconde de Gabriac. El hombre frívolo no podia dejar de aparecer, y en efecto se le vuelve á encontrar en el siguiente despacho:

«Al señor ministro de Estado de S. M. C.

México, 28 de Noviembre de 1860.

Nuestra posición ha mejorado mucho, y las consi-

(1) Castagny, en Monterey. Despues de esa arbitrariedad que se elevó á decreto por Maximiliano y se ejecutaba

deraciones que se me guardan son mucho mayores hoy que hace tres meses. No sé si V. E. ha observado que ya no se roba ni se asesina á los españoles, como en épocas pasadas.

Permítame V. E. que me felicite, tanto por mi dicha, cuanto por mi habilidad. . . .

PACHECO.»

¿Cómo es que todos los gobiernos europeos no contaron la protección de sus nacionales á un hombre tan hábil?

En fin, el 1.º de Diciembre llega Mr. de Saligny á Veracruz.

La acogida que tuvo en la Habana por el capitán general fué de las más cordiales. Desembarcó en el bote de una fragata española que se hallaba de estación en Veracruz. No se podía hacer menos por un ministro que había empleado sus buenos oficios en favor del capitán general de la Habana, para arreglar el negocio de la captura que hizo Juárez de la fragata española *María Concepción*, y que sin embargo de esos buenos oficios, fué declarada, al fin, buena presa.

Mr. de Saligny había salido de París con un conocimiento perfecto de la situación de México.

El nuevo ministro iba á preparar una monarquía en favor del archiduque Maximiliano de Austria.

muy naturalmente, condenando á los reacios á prisión ó multa. Todo México conoce estos hechos. —(N. del T.)

Dotado de una inteligencia notable, poco cuidadoso de los medios que había de emplear para llegar á un fin propuesto, dotado también de un grande ascendiente sobre los que se le acercaban, Mr. de Saligny era el hombre á propósito para las circunstancias.

Sus dos sucesores, Mr. de Montholon y sobre todo Dané no se le podían comparar.

Cuando llegó á la Habana, debió preocuparlo la cuestión que se agitaba allí, de una intervención de la España armada, sin esperar el concurso de otra potencia, tomando por pretexto el vengar la captura de la «*María Concepción*.» Le importaba llegar á su terreno y prepararle, á fin de crear un motivo cualquiera para una intervención por parte de la Francia, para lo cual necesitaba tiempo.

Un desacuerdo habido entre el capitán general de la Habana y el Sr. Pacheco, le presentó la oportunidad. Supo ofrecerse con habilidad, como intermediario entre esos dos personajes, ganando las simpatías del general Serrano y las de su colega al mismo tiempo; comprendiendo la necesidad en que estaba de subalternar á la España, por lo mismo temía de esta una resolución violenta que dificultara sus planes.

Así, pues, su primer cuidado, al llegar á Veracruz, fué escribir una carta de las más halagüeñas al mariscal Serrano.

«Os felicito por vuestra conducta prudente.»